



MAL FARIO

Para la mayoría de la opinión pública, la cuestión del *rating*, es decir, la calificación que las agencias internacionales otorgan a nuestra deuda, es un enigma. Parece una entelequia difícil de conectar con la realidad. Pero tiene un significado profundo e implicaciones prácticas muy notables. El significado profundo es que el *rating* es la nota que nos ponen fuera, refleja la credibilidad de que gozamos, la reputación que mantenemos una vez sometida nuestra administración a un examen riguroso. Las consecuencias prácticas de una eventual rebaja de la nota son dolorosas y duraderas. Si ya las primeras sospechas encarecen inmediatamente la financiación, una revisión a la baja del *rating* empeora dramáticamente las expectativas. El Estado tiene que pagar más, las empresas que cuentan con el aval público tienen que pagar más, las compañías que no han necesitado la cobertura del Gobierno tendrán un acceso difícil al préstamo y los particulares que quieran obtener un crédito también deberán satisfacer un plus. Es un proceso temible y una cicuta que pueden obligarnos a beber pronto. Después del infortunio de Grecia, somos un claro candidato a caer en desgracia. Pero son pocos los persuadidos del riesgo en un país que parece narcotizado. El presidente del Banco Santander, Emilio Botín, fue el primero que reaccionó. Dijo que habría que hacer todo lo posible para evitar una rebaja del 'rating'. ¿Pero qué es todo lo posible? En la entrevista que publica en este número Actualidad Económica, el presidente del Banco Sabadell, Josep Oliú, señala hasta qué extremo habría que llegar: un gobierno de coalición. Alemania lo ensayó con éxito y estaba muy lejos de alcanzar la degradación de nuestras cuentas públicas. Pero aquí ni los políticos ni los ciudadanos parecen afectados. El desempleo se ha convertido en una obsesión en las encuestas pero la vida sigue transcurriendo sin grandes sobresaltos. Cuatro millones de parados conviven con una inquietante paz social. Hay tranquilidad en las calles, nadie se ha puesto todavía a quemar neumáticos ni iglesias. Lo

máximo que se podría decir es que estamos en presencia de una calma chicha, aquella que a veces precede a la tragedia. Hay más de una explicación a la paradoja. Ahora está de moda volver a citar la economía sumergida como parachoques de la recesión. Pero hay datos mucho más rotundos. La nación está relativamente quieta porque la renta disponible ha aumentado a pesar de la crisis. El sueldo de los funcionarios ha crecido, el salario medio de los empleados, también. El presupuesto público se ha prestado eficazmente a socorrer a los parados. Como no ha habido inflación, la mayoría de los españoles ha ganado poder adquisitivo. El dinero es el mejor antídoto contra la protesta social. Pero la cuerda no puede estirarse mucho más. Las cuentas públicas han pasado del superávit a sumar un déficit público del 10% del PIB en poco más de dos años. Se trata de un *rally* suicida. La trayectoria del país es pornográfica y los observadores se están mostrando implacables. Zapatero podría haber aprovechado la presidencia de la Unión para obtener un cierto bálsamo pero ha tenido un comienzo que ha enfurecido a las cancillerías europeas. Su propuesta para imponer correctivos a los países atascados en sus planes de saneamiento constituye toda una temeridad, una muestra del aventurerismo que practica sin coste en España pero que sale muy caro fuera. Es nuestro país el que está sometido a una prueba de fuerza, a un test de estrés. Antes de exigir debemos probar ante la comunidad internacional que tenemos arrestos para superar una situación límite. El repudio extranjero seguirá mientras Zapatero no presente un plan de choque que incluya, como mínimo, una intensa reducción del gasto público y una reforma del mercado laboral. Sin posibilidad de devaluar, el país necesita un ajuste real, una rebaja de precios y salarios, un acuerdo general de rentas. La nación requiere implicarse colectivamente en un programa de sangre, sudor y lágrimas. Pero un país que ha seguido ganando poder adquisitivo en mitad de la crisis está muy poco preparado para el sacrificio, un presidente que antepone la ideología al pragmatismo está contraindicado para el lance y una oposición que necesita recuperar el poder a cualquier precio está también fuera de cacho. Estamos en el peor de los mundos, a un paso de que nos rebajen el *rating*. ■